



TEMA 1. La batalla contra el amor propio

En cuanto el alma quiere volar alto, hacia Dios, en cuanto se determina a ser santa, a entregarse del todo al Señor, inmediatamente empieza a sentir y a encontrar impedimentos, fuertes resistencias que quieren impedirlo. Debe disponerse para la lucha

1. DIOS NOS PIDE AMARLE CON TODO EL CORAZÓN. TRES GRADOS DE AMOR

Dios nos pide amarle con todo el corazón, con toda el alma, la mente, las fuerzas... Requiere pues un **amor totalizante y puro**.

"El principal mandamiento es éste, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y el segundo es semejante al primero, amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lc 10,27).

El 27 de diciembre de 1673, se presentó Jesús a Santa Margarita y le empezó a hablar como hablaba con los apóstoles después de resucitar. La Santa, que tenía entonces 25 años, vio que el Corazón de Jesús que resaltaba en su pecho, estaba vivo, como el nuestro, y palpitaba. Estaba ardiente, devorado por las llamas, rodeado de espinas y con una llaga de la lanza. Y sobresalía de él la cruz. Jesús le dijo:

"He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de la mayoría de ellos no ha recibido, a cambio, más que desprecios"

Jesús le reveló que estaba vivo, que **su amor por los hombres es infinito**, que le duelen nuestros pecados, y que su corazón sigue latiendo de amor por nosotros.

¡Jesús espera nuestra correspondencia a su amor!

Tres grados de amor

Pero hay muchos grados en el amor. Desde el del joven rico, que amaba egoístamente y se fue triste, pasando por el que se conforma con el mero cumplimiento de las normas, hasta el que quiere agradar a Dios en todo (el que quiere complacer al que se ama: *"Ganar a Jesús por el corazón"*, decía Santa Teresita), incluso el que llega a amar con locura al Señor, como han hecho los santos. El alma enamorada vive continuamente una "atención amorosa" hacia el amado. Está siempre disponible, como pendiente de sus labios. *"Lo que Tú quieras, como Tú quieras, cuando Tú quieras..."* (Santa Maravillas de Jesús). Santa Faustina decía al Señor: *"Tu santa voluntad lo es todo para mí (...) Oh voluntad de Dios, Tú eres mi alimento y el deleite de mi alma; cuando me someto a la santa voluntad de mi Dios, un abismo de paz inunda mi alma"*. Y Jesús le decía a ella: *"Deseo que la mirada de tu alma esté siempre clavada en mi santa voluntad"*. *"Confíame todo y no hagas nada por tu cuenta"*. Y otros santos han hecho voto de no negar nada a Dios, de hacer siempre lo más perfecto...

San Ignacio habla de **tres grados de humildad o de amor**:

- El primer tipo de amor (o de humildad): **estar dispuesto a morir antes de cometer un pecado mortal.**

"Es necesario para la salvación eterna. Y consiste en rebajarme y humillarme lo más posible, para obedecer en todo la ley de Dios, Nuestro Señor, de tal forma que, aunque me volviera el señor de todas las cosas creadas en este mundo o estuviera en riesgo mi propia vida

temporal, nunca pensaría en transgredir un mandamiento, sea divino o humano".

- El segundo es más perfecto: **Estar dispuesto a morir antes de cometer un pecado venial.**

"Y consiste en esto: me encuentro en un punto en que no deseo ni soy propenso a poseer más riqueza que la pobreza, a querer la honra más que la deshonra, a desear una vida larga más que una vida corta, cuando las alternativas no afectan el servicio de Dios, Nuestro Señor, ni la salvación de mi alma".



- El tercer tipo es perfectísimo y abarca los dos anteriores: **escoger siempre el camino de la cruz, que fue el que eligió Jesús.**

"Es cuando, al incluir la primera y la segunda, siendo iguales la alabanza y la gloria de su divina majestad, para imitar a Cristo, Nuestro Señor, y me asemeje a Él más eficazmente, deseo y escojo la pobreza con Cristo pobre en lugar de la riqueza, el oprobio con Cristo cubierto de oprobios en lugar de honores; y deseo más ser tomado por insensato y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por "sabio y prudente" en este mundo.

Este tercer grado es el que han vivido los santos.

2. EL PECADO ORIGINAL

En cuanto el alma se determina a amar del todo al Señor, con todas sus fuerzas... tropieza en seguida con los impedimentos que arrancan del pecado original.

"El alma, después del pecado original, verdaderamente está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta a las pasiones y apetitos naturales". Aparece el dilema, las "competencias" dentro de nosotros, los enemigos del alma, la lucha...

No se puede servir a dos señores: los dos señores son la voluntad de Dios y la voluntad propia (en la que actúan las pasiones, tentaciones, apetitos y caprichos de nuestra naturaleza...)

Y aparecen enseguida las luchas. Por ejemplo:

- Me siento incapaz de tratar mejor a quien me cae peor o de comer más de lo que me gusta menos. Tiendo a regirme por mis apetencias.
- Me cuesta perdonar, y mucho más estar dispuesto a poner la otra mejilla.
- Me siento incapaz de renunciar a mis gustos, incluso a prescindir hasta de lo superfluo.
- Siento los caprichos interiores y me enfado y doy patataetas cuando me contrarían.
- Aparecen las perezas, las desganas, las envidias, los enfados...
- Estoy pendiente del si me apetece o no, si me gusta o no...

Se impone la necesidad de "levantar el apetito de niñerías".

Aparece el drama: quiere el alma entregarse del todo al AMOR TOTAL y aparece con fuerza este encadenamiento interior: los apegos le atan, le retienen. *"Porque esta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido. Y como no se vean hartos, murmurarán"* (San Juan de la Cruz. SMC I, 6, 3)

3. EL YO COMO ENEMIGO

Volvamos a los dos señores a los que podemos servir. Los dos nos hablan por dentro. Dos voces sentimos en el corazón: **la de Dios y la de nuestro amor propio**. ¿Cuál vencerá? ¿A quién escucharemos?

El alma se siente en manos del enemigo, y el enemigo está en ella, pues siente dentro no sólo la voz de Dios, sino también la de su naturaleza herida. Se ve reflejado en el salmo: *“Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría; si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él. ¡Pero eres tú, mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad!”* (Sal 54, 13).

Ese rival es **mi propio yo**, que me acompaña a todas partes, con quien hablo permanentemente; ese yo tan mimado por mí, que conoce todos mis secretos... *“El alma está en el cuerpo como un gran señor en la cárcel, sujeto a mil miserias que le tienen confiscados sus reinos, e impedido todo su señorío y riquezas (...), En lo cual siente el alma estar como en tierra de enemigos y tiranizada entre extraños”* (San Juan de la Cruz. CE 18, 1-2).

La naturaleza herida es astuta y sibilina; la gracia es sencilla y sin doblez. La naturaleza acaricia anchura y regalo; la gracia busca estrechez. La naturaleza ama el descanso; la gracia, el trabajo. La naturaleza los honores; la gracia, el oprobio. La naturaleza lo temporal; la gracia, lo eterno. La naturaleza es codiciosa; la gracia, generosa, dadivosa. La naturaleza busca el aplauso; la gracia, la discreción, huye de la singularidad. La naturaleza se derrama; la gracia se recoge.

Hay un antagonismo total (Cf. S. Pablo) *“No hay enemigo peor ni más dañoso para el alma, que tú mismo, si no estás avenido por el espíritu”* (Kempis III, 13).

Nuestro yo es ese pequeño tirano que tenemos dentro, con frecuencia lleno de caprichos, que quiere que le alaben, que le tengan en cuenta; se enfada e irrita si está incómodo, si no se sale con la suya, si le contradicen. A veces se llena de orgullo, otras de envidia, aunque suele disimularla; no tiene dificultad en recurrir a la mentira o al disimulo para quedar bien, le gusta presumir y no acepta que le contradigan y menos, que le menosprecien.

Con razón Jesús nos dijo: *“El que quiera venirse conmigo, NIÉGUESE A SÍ MISMO, tome su cruz y me siga”* (Mt 16,24).

4. LOS PUNTOS DE HONRA

Es sorprendente la cantidad de páginas que Santa Teresa de Jesús dedica a hablar de «la pestilencia de la honra» o de «los negros puntos de honra». Enseña a sus monjas a liberarse de esa lacra para ser verdaderamente libres. Atención a los puntos de honra:

“... Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame y dé tras este atamamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, si no es Dios con oración y hacer mucho de nuestra parte. Parece que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace”.

... ¡Oh, que tiene un punto de honra...! Y lo peor que tiene es que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado a tenerle.

“Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe (porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas), no es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él. Porque la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana; poco durará.

Muchas veces lo digo: que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto o compás que se yerre, disuena

toda la música. Y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, ¿y queremos muy entera nuestra honra y crédito? -No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas (Vida 31, 21).

5. DETERMINARSE A LUCHAR. GUERRA SIN CUARTEL

Se impone una **guerra sin cuartel** ante un natural que grita por un amor propio demasiado acomodado ¡Contrariarla! Ropa pobre, cama dura, comida seca, trabajo áspero, casa fría, mirada recogida...

Los enemigos sólo se vencen con los contrarios. Los santos lo saben muy bien: *“Procure siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto; no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso; no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no a andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo”* (SMC 1, 13 6)

“Señor, ¡hazme capaz de dártelo todo!”. *“En esto conozco que me amas: en que mi enemigo no triunfa de mí”* (Sal 40, 12)

El alma se determina por un SEÑOR. Debe hacerlo **con DETERMINACIÓN y dispuesto a LUCHAR** una guerra sin cuartel.

En los Apotegmas de los padres del desierto se puede leer esta metáfora del perro de caza: *El perro, cuando sale de casa, corre alegremente de aquí para allá, salta, va y viene despreocupado, distraído. Pero en cuanto encuentra el rastro de la presa aplica el olfato al suelo y sale disparado como una flecha olvidándose de todo lo demás. Corre veloz. Desde ese momento su rumbo es fijo y su marcha completamente recta. Nada le entretiene, ninguna otra cosa le interesa. No pierde el tiempo. Así debe hacer el alma con su “presa divina”*.

6. LOS SANTOS SON HUMILDES

Por eso Dios ha hecho maravillas con ellos. *“No ser, no querer ser. Matar el yo, enterrarlo si fuese preciso”* (Sta Ángela de la Cruz).

*“Dios me daba a entender que la verdadera gloria es la que ha de durar para siempre y que para alcanzarla no es necesario hacer obras deslumbrantes, sino **escondarse** y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha”* (Santa Teresa del Niño Jesús. Ms A, 32r)

Y María, la humilde esclava del Señor, llamada a ser Madre de Dios: *“He aquí la esclava del Señor. ¡Hágase en mi según tu Palabra!”*

RESUMIENDO

Cuando **el alma quiere volar** siente como nunca el peso de su **concupiscencia** (le pasa lo que al cojo que nunca ha aprendido ni ha intentado andar, ¡no sabía que era cojo! Pero al pretender andar descubre su herida). Así, cuando el alma se propone servir a su Dios en serio (¡cambiar de Señor!), entonces tropieza de frente con la **herida de su pecado**. Es entonces cuando se descubre la importancia de la **mortificación**. Se empieza a comprender el verdadero sentido de la penitencia. Es necesaria una fuerte determinación para colaborar con la gracia de Dios, facilitándole que nos purifique y nos santifique.